

## MISIÓN DE LA IGLESIA, RELIGIONES Y CULTURAS EN DIÁLOGO

En su carta encíclica *Redemptoris missio*, san Juan Pablo II afirmó claramente que «el diálogo interreligioso forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. Entendido como método y medio para un conocimiento y enriquecimiento recíproco, no está en contraposición con la misión *ad gentes*; es más, tiene vínculos especiales con ella y es una de sus expresiones. En efecto, esta misión tiene como destinatarios a los hombres que no conocen a Cristo y su Evangelio, y que en su gran mayoría pertenecen a otras religiones. Dios llama a sí a todas las gentes en Cristo, queriendo comunicarles la plenitud de su revelación y de su amor; y no deja de hacerse presente de muchas maneras, no solo en cada individuo, sino también en los pueblos, mediante sus riquezas espirituales, cuya expresión principal y esencial son las religiones, aunque contengan “lagunas, insuficiencias y errores”. Todo ello ha sido subrayado ampliamente por el Concilio Vaticano II y por el Magisterio posterior, defendiendo siempre que *la salvación viene de Cristo y que el diálogo no dispensa de la evangelización*.

A la luz de la economía de la salvación, la Iglesia no ve un contraste entre el anuncio de Cristo y el diálogo interreligioso; sin embargo, siente la necesidad de compaginarlos en el ámbito de su misión *ad gentes*. En efecto, conviene que estos dos elementos mantengan su vinculación íntima y, al mismo tiempo, su distinción, por lo cual no deben ser confundidos, ni instrumentalizados, ni tampoco considerados equivalentes, como si fueran intercambiables» (RM 55).

La misión y el diálogo contienen respeto por el otro, fundado en la proclamación de la Buena Nueva de Jesucristo, reconociendo y promoviendo la libertad religiosa y el compromiso con el imperativo misionero.

Ambos afirman la necesidad de no imponerse nunca al otro, así como también la necesidad de proponer a Cristo, la fe en Cristo y la pertenencia cristiana a su Iglesia. Hay al menos dos entidades distintas en el diálogo y la misión, así como una serie de tensiones positivas y fecundas. No solo existen dualidades o dialécticas, sino que existen dimensiones que actúan en direcciones diferentes y que están motivadas por diferentes elementos culturales y religiosos. Por simplicidad, practicidad y claridad a menudo es útil considerar estos elementos de dos en dos, pues son algo más que fuerzas dialécticas entre dos polos: todas las dimensiones contribuyen a definir el resultado global, cada una con su peso y su dirección. La existencia de múltiples dimensiones confirma la complejidad de la única realidad de la misión (cf RM 41).

La misión y el diálogo tienen lugar cuando se encuentra la comunidad de fe con todo lo que constituye el contexto en el que vive y trabaja la comunidad cristiana. Toda la misión cristiana se realiza en la relación entre la Iglesia y el mundo, y las personas en el mundo. Tanto el depósito de la fe recibida de la Iglesia (las Sagradas Escrituras, los sacramentos y la caridad), como las culturas, los idiomas y las situaciones en las que se comunica esa Tradición están involucrados. Toda la fe y la teología son contextuales: el horizonte sociocultural es un factor esencial para la misión. Toda la misión tiene lugar dentro de áreas específicas y todas las teologías misioneras deben estar en una relación abierta y crítica con las culturas y religiones locales. Es únicamente a través del diálogo como los cristianos pueden entender a los demás y a las expresiones culturales y religiosas que Dios nos ofrece para amar y evangelizar. Al comprometernos a dialogar con estas realidades, podemos comprender en nuestro tiempo y en los diferentes escenarios de nuestro mundo las constantes del amor de Dios por la salvación de todos.

En la visión occidental del mundo, la cultura y la religión generalmente se consideran como entidades separadas: podemos reconocernos a nosotros mismos en la identidad cultural europea sin agregar ninguna referencia a la identificación de tipo religioso, por ejemplo, cristiana o musulmana.

Sin embargo, esta división relativamente clara entre la religión y la cultura en la identificación personal o social a menudo no se encuentra en otras realidades socioculturales del mundo. En muchos pueblos, la pertenencia religiosa es constitutiva de la propia identidad étnica. Es precisamente por causa de esta riqueza en las diferentes visiones del mundo que el diálogo propuesto por la Iglesia no debe llevarse a cabo solo a nivel interreligioso, sino también a nivel de interculturalidad.

Participar en la misión de la Iglesia necesariamente implica involucrarse en formas de diálogo. La misión como anuncio del Evangelio implica comunicación, discernimiento espiritual y conversión: esto significa tener la paciencia y la sabiduría para aprender el idioma, comprender los símbolos y las dinámicas culturales que le dan sentido e identidad a la persona con la que se quiere compartir la fe en Jesucristo. La acción y el compromiso por la justicia y la paz, por los pobres y los marginados, y por la integridad de la creación, requieren necesariamente comprender el contexto existencial de las personas, las formas culturales, sociales y religiosas con las que se convive, de donde han sido forjadas o bien limitadas y oprimidas. La proclamación del Evangelio en el diálogo puede requerir formas de testimonio y liberación que unen a cristianos y adherentes a otras religiones.

Un texto muy importante e influyente que recoge estos temas lleva por título: *Diálogo y anuncio*. Este es un documento conjunto, producido en 1991 por el Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso y por la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, que afirma los elementos significativos del diálogo, especialmente el diálogo interreligioso y los de la misión evangelizadora de la Iglesia, y al mismo tiempo la relación mutua que los une. Este documento se refiere a cuatro formas de diálogo (cf *Diálogo y anuncio*, 42), las cuales pueden considerarse dimensiones complementarias e interactivas:

a) El diálogo de la vida, donde las personas luchan por vivir en un espíritu de apertura y buena vecindad, compartiendo las alegrías y las tristezas, los problemas y los desafíos de la vida humana para una mejor comprensión y respeto mutuos;

b) El diálogo de la acción, en el que los cristianos y los demás creyentes colaboran para el desarrollo integral, la libertad religiosa y la liberación del prójimo;

c) El diálogo del intercambio teológico, donde los expertos tratan de profundizar la comprensión de sus respectivas herencias religiosas, sus Sagradas Escrituras y tradiciones para apreciar los valores espirituales de los demás;

d) El diálogo de la experiencia religiosa y la oración, en el que las personas arraigadas en sus propias tradiciones religiosas comparten sus riquezas espirituales, en relación con la oración y la contemplación, con la fe y los caminos místicos de la búsqueda de Dios o del Absoluto.

El papa Francisco enfatiza que la dimensión primaria del diálogo, esencial para la misión cristiana, es el diálogo con Dios (cf *Gaudete et exsultate*, 29 y 169). Nuestro encuentro fundamental y vivificante con el Absoluto nos transforma. Para nosotros, los cristianos, consiste en el encuentro con el Señor Jesús, muerto y resucitado, Dios del amor y de la santidad. Es a través de este encuentro que nuestra participación interior con Dios en Cristo, vivida como espiritualidad, se revela como una verdadera llamada a la santidad a través de la misión y el diálogo. «No imponemos nada, no usamos ninguna estrategia engañosa para atraer a los fieles, sino que testimoniamos con alegría, con sencillez, lo que creemos y lo que somos» (Discurso a los participantes en el Plenario del Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, 28 de noviembre de 2013).

El diálogo intercultural e interreligioso no está reservado a los especialistas, sino que representa el compromiso de toda la Iglesia. «Todas las Iglesias locales y todos sus miembros –liderados por el Papa y sus obispos– están llamados al diálogo» (*Diálogo y anuncio*, 43). Los miembros de la Iglesia ejercen diferentes formas de diálogo –de la vida, de la acción, del intercambio teológico, de la experiencia religiosa– de acuerdo con su experiencia, su responsabilidad en la Iglesia y su estado de vida.

El objetivo del diálogo intercultural e interreligioso en la misión de la Iglesia no es necesariamente la conversión al cristianismo, sino la conversión de las personas a una mejor comprensión mutua, a un conocimiento

honesto y al respeto mutuo, al servicio de la paz, de la armonía, de la justicia, de la reconciliación y de la promoción de la libertad religiosa. No obstante, los miembros de otras religiones pueden decidir libremente convertirse y abrazar la fe cristiana entrando en la Iglesia cuando son movidos por el Espíritu Santo y su conciencia les pide que lo hagan. La confianza y la apertura mutuas, basadas en la libertad religiosa, son la base del compromiso con un diálogo auténtico y fructífero.

«Aunque la Iglesia reconoce con gusto cuanto hay de verdadero y de santo en las tradiciones religiosas del budismo, del hinduismo y del islam –reflejos de aquella verdad que ilumina a todos los hombres–, sigue en pie su deber y su determinación de proclamar sin titubeos a Jesucristo, que es ‘el camino, la verdad y la vida’... El hecho de que los seguidores de otras religiones puedan recibir la gracia de Dios y ser salvados por Cristo independientemente de los medios ordinarios que él ha establecido, no quita la llamada a la fe y al bautismo que Dios quiere para todos los pueblos”. En efecto, Cristo mismo, “al inculcar con palabras explícitas la necesidad de la fe y el bautismo... confirmó al mismo tiempo la *necesidad de la Iglesia*, en la que los hombres entran por el bautismo como por una puerta”. El diálogo debe ser conducido y llevado a término con la convicción de que *la Iglesia es el camino ordinario de salvación* y que *solo ella* posee la plenitud de los medios de salvación» (*Redemptoris missio*, 55).

Octubre  
2019